penosa defensa de Perote, cuando estuvo con los liberales. Después del sitio, veíanse campos talados, fincas incendiadas, establecimientos destruidos y aun cadáveres insepultos; el término de tanto combate sirvió para reanimar á los reaccionarios.

En esos momentos se preparaban grandes masas de constitucionalistas con objeto de caer sobre el Bajío; para hacer frente á la situación, tan sólo quedó á los reaccionarios el recurso de los préstamos forzosos, uno de los cuales fué decretado en la capital el 8 de Mayo, y también apelaron á la enagenación de bienes pertenecientes á las corporaciones civiles.

Rodeada Guadalajara por fuerzas liberales, partió Miramón el 10 de Mayo (1860) con el principal objeto de batir las mandadas por Uraga; dejó el despacho de los negocios en su ausencia al ministro Muñoz Ledo. Miramón llegó bien á Querétaro donde se concentraron las fuerzas de Mejía y Castillo. Avanzó Uraga hasta San Felipe y Miramón situó sus fuerzas en Irapuato y Salamanca.

En Campeche apareció una nueva revolución, en la noche del 26 al 27 de Abril. Mal avenidos desde tiempo atrás el comandante militar D. Pedro Baranda y el gobernador D. Pablo García, acabaron de disgustarse por haber querido éste armar la brigada de artillería de la guardia nacional llamada de matriculados, y negándose Baranda á entregarle las armas necesarias para ello, puso la guarnición en movimiento y circuló el rumor de que se iba á pronunciar. Esto originó que algunos vecinos, reunidos en el barrio de San Germán y en las casas municipales, pidieran á Baranda que renunciase y cediendo, quedó García hecho cargo de los mandos político y militar.

Gabriac salió de México el 8 de Mayo, conforme lo había anunciado al gobierno reaccionario, y cuando en la rada de Veracruz conferenciaba á bordo de la fragata "Berenguelá" con el nuevo embajador de España Sr. Pacheco, en esos momentos se dirigía Miramón para el Interior, llevando consigo al presidente interino Sr. Zuloaga, al que conducía velozmente á consecuencia de la nueva situación que se presentaba después de los combates de Peñuelas y Loma Alta. El rapto de Zuloaga fué visto como un preludio de la caída más ó menos lejana, de la administración reaccionaria.

A invitación y con la cooperación del ministro de Guatemala, D. Felipe N. del Barrio, tuvieron una conferencia el 10 de Mayo en la legación británica, los ministros de Francia, Ecuador, Inglaterra y Prusia; presentáronse los decretos por los cuales el general Zuloaga había declarado al Presidente de la República con facultad para nombrar un sustituto, y el otro por el que nombraba al general Miramón para que lo sustituyera, así como la disposición para que éste cesara de llenar las funciones inherentes á su calidad de Presidente sustituto, y considerando que por el hecho de haber sido separado el Presidente interino por la fuerza empleada por el sustituto, no había ya gobierno, resolvieron los representantes extranjeros reunidos en la conferencia, mantenerse en situación expectante y esperar los acontecimientos, á fin de protejer oficiosamente contra los abusos de poder de las autoridades locales, los intereses, las personas y las propieda-

des de sus nacionales. Firmaban: *George B. Mathews.—F. N. del Barrio.—E. de Wagner.—Francisco de P. Pastor.—A. de La Londe.*

Miramón seguía concentrando sus tropas en Irapuato y Uraga en Silao, de donde desprendió algunas para ocupar á Guanajuato, que en seguida fué abandonado; era segundo en jefe de los reaccionarios D. Tomás Mejía y sus tropas de infantería tenían por jefes á los acreditados generales Severo del Castillo, Francisco Vélez y J. M. Alfaro, reuniendo seis mil soldados con treinta cañones y muchos carros con parque. Al avanzar Miramón sobre Silao, retrocedió Uraga para León situando el grueso de sus fuerzas y sus trenes en Lagos; las operaciones de este jefe constitucionalista eran de tal naturaleza, que no se podían conocer con seguridad sus proyectos; y no pudiendo los reaccionarios desmembrar su ejército, marchaban sin un plan fijo, modificando sus disposiciones á cada momento. Uraga fué atrayendo á Miramón hacia Guadalajara, alejándolo de la brigada Ramírez que quedó aislada entre fuerzas enemigas.

Entonces ya había decretado en Veracruz el gobierno liberal, la ocupación forzosa de los bienes del clero y establecido mayor libertad para la denuncia, dando por resultado que en todas las poblaciones de la República se apresuraron á practicar un acto, que daba el exclusivo derecho á redimir las valiosas fincas que poseía el clero en los lugares ocupados por la reacción, quedando pocas fincas y capitales impuestos á censo sin ser denunciados; pero cuando más desarrollo tenía la ley respectiva, dejó el puesto el ministro Lerdo, con motivo del disgusto provenido de que quería que se suspendiera el pago de las convenciones. Por esos días llegaba á Veracruz el embajador español (Mayo 24) en la fragata "Berenguela," con una comitiva de catorce personas; las autoridades constitucionales le recibieron bien, pero él no correspondió á esa benevolencia; visitó al ministro Mac-Lane y al vizconde de Gabriac que salía para Europa, y siguiendo el camino de Jalapa y Puebla entró á México el 1º de Junio, recibiéndolo solemnemente. Sus afecciones por el partido conservador estuvieron muy marcadas, desde que aceptó en Jalapa el banquete que le ofreció el general Robles, y no influyó en el ánimo del Sr. Pacheco, el hecho muy significativo de que al llegar á la capital de la República, las fuerzas liberales al mando del general Parra atacaban las garitas y que todos los alrededores estuviesen en poder de ellas.

El Sr. Andrés Oseguera combatía en París otro folleto, al que unió su nombre para que no cupiese duda de quien era el impugnador; sostenía el folleto este principio: "la nacionalidad de México se perderá muy pronto, si no la salva una intervención europea." Calificábase de indigna cobardía, la de un hombre que calla lo que su conciencia le dice que es provechoso para salvar á su Patria; las palabras del autor eran el grito de dolor de quien ve agonizar la nacionalidad de su país, cuya salvación defiende y no intereses de personas ó de partidos. La impotencia en que nos habían colocado nuestras revoluciones, había hecho que en Europa nadie se sorprendiera al anunciarse que los Estados-Unidos intentaban absorver á México, y éstos últimos lo creían muy sencillo, muy fácil, cuando con tanta

sangre fría y desprecio para la Europa y México, acababa de declarar uno de sus presidentes, que ya era tiempo de que se ocuparan algunas provincias del Norte de México.

El opúsculo que combatió el Sr. Oseguera, insistía en la necesidad que tenía la Europa de no ver con indiferencia la política invasora de los Estados-Unidos; la prohibición á la Europa de mezclarse en los asuntos de América, ofendía á las grandes naciones, en cuya conveniencia y decoro estaba el no consentir declaraciones como la que hizo el Presidente Buchanan. La primera Nación que deseaban ver, los que pensaban de un modo contrario al Sr. Oseguera, á la cabeza de la intervención en México, era Francia, cuya política les parecía leal y todo lo esperaban de la sabiduría y justicia de Luis Napoleón, á quien respetaban y admiraban; á él se debía pedir nuestra regeneración y que salvara nuestra nacionalidad. La Francia debía tener para México simpatías de raza y de religión; era desinterasada y magnánima.

Para los intervencionistas, la Inglaterra, aunque extraña á esas condiciones de raza y religión, debía tomar parte en la intervención para evitar que los Estados-Unidos siguieran ejerciendo en América la influencia que se habían abrogado; los hombres de Estado debían haberse arrepentido del empeño que tomaron para que se reconociera á Texas como Nación independiente, pues lejos de formar un contrapeso á los Estados-Unidos, se les anexó apenas consumada su emancipación de México. Contemporizaba con los Estados-Unidos para no verse privada del algodón que éstos le enviaban para sus fábricas; pero México podría proporcionárselo de sus costas, tan luego que obtuviera la paz. Otras muchas ventajas obtendría Inglaterra ejerciendo su influencia en América.

Para España la cuestión de intervención en México, era cuestión de origen, de religión, de idioma y de intereses mercantiles; la Isla de Cuba era reclamada con bronco acento desde el Presidente Buchanan hasta el más oscuro perorador de las plazas públicas. Estas tres naciones no necesitaban declarar la guerra á los Estados-Unidos, sino sostener la resolución de que éstos debían seguir una política menos invasora; ante la alianza franco-inglesa callarían los Estados-Unidos, faltos de ejército y de escuadras; prueba de esto era el hecho de que, en tanto que cruzaban el Golfo de México buques españoles, ingleses y franceses, no se presentaba un sólo norte-americano, aunque un periódico de allí dirigiéndose al gobierno le preguntó en son de burla: ¿Y la doctrina Mónroe?

La única manera de que no volviese á ondear para siempre el pabellón de las estrellas en el Palacio de México, era la intervención europea; remedio duro y que en cierto modo humillaría el orgullo nacional, pero no había más que optar por alguno de los extremos de esta disyuntiva: ó la absorción por los Estados-Unidos ó la intervención europea. El protectorado americano no podía admitirse, no solamente por los recuerdos del año de 1847, sino por la diferencia de razas, de religión, de idioma y de costumbres, por la altivez y el profundo desprecio hacia los mexicanos, y por la rudeza usada con ellos en todo, aun en la práctica de las instituciones; esa raza tan vigorosa y llena de virilidad, no podía asimilarse á nuestro pueblo sino que lo destruiría, buscando poseer el suelo para extraer las riquezas y ya enseñoreada no tendrían los mexicanos ni participación en los cargos públicos, según se vió con D. Lorenzo de Zavala, lisonjeado mientras contribuía á la emancipación de Texas, hasta ofrecerle la presidencia de la nueva República, y después tratado con tanto desprecio que murió de pesadumbre al poco tiempo. ¿Qué sucedió con los mexicanos que habitaban la California y las otras provincias arrebatadas á México? ¿no eran objeto de vejaciones, que no terminarían sino con el último de nuestros compatriotas? ¿y las riquísimas minas de azogue poseídas por una compañía que las compró al gobierno mexicano, no fueron embargadas por los Estados-Unidos que desconocieron los títulos de propiedad? ¿No despojaron también los Estados-Unidos á un súbdito francés, de los terrenos que á éste le fueron vendidos por el gobierno mexicano? Lógico es, decían los monarquistas, que lo mismo harán después con las tierras y demás propiedades, cuya posesión les convenga, anulando los títulos que presenten los poseedores.

"Que ninguno de mis compatriotas, crea, que en la nueva sociedad que han de formar como por encanto los vencedores, han de figurar de algún modo, ni aun ejerciendo profesiones honrosas, puesto que la invasión será tan rápida y tan completa, que el que no logre conservar su capital en metálico, ó morirá en la miseria, ó arrastrará una vida muy humilde, viviendo poco menos que como esclavos en el suelo que la Providencia nos ha dado para gozarlo como señores.

"Si no viera estos males tan próximos, añadió el autor del opúsculo, no opondría yo á la intervención de los Estados-Unidos la intervención europea; si no viera yo que en documento solemne, el Presidente de aquellos Estados no oculta sus simpatías al partido de que, con razón ó sin ella, espera el protectorado que en mi juicio va á perdernos; un hombre que se está ahogando no vacilará en agarrarse á un clavo ardiendo; yo propongo apoyarnos en una mano amiga; si hubiera otro medio de salvar la nacionalidad, abandonaría la idea de la intervención;" su deseo era que las cosas de México se arreglaran en México y por México; pero como esto no podría ser en la violencia de las pasiones políticas que separan y matan, á la vez que el invasor, enemigo natural y encarnizado de nuestra raza se preparaba á devorarnos, volvía la cara á potencias de raza latina, á las que concedía interés efectivo en nuestro bienestar y quizá también el deseo de salvarnos, sin que nadie pueda decir que aspiraban á dominarnos y vendernos cara su protección.

"Mis votos son también los de la mayor parte sana y más numerosa de la sociedad mexicana, que permanece casi muda, no oyéndose más que sus gemidos y las plegarias al pie del altar. El día que la verdadera *voluntad nacional* pudiese hacer oir su voz, apoyada de manera que no la turbasen los atropellos de ciertos partidos, ese día el mundo podría conocer que no quiere nada que se parezca á lo que se le da hoy, que no es más que desolación y ruina, y acogería la intervención europea con regocijo sincero, porque en el fondo de su conciencia sabe que no es traición á la Patria. Con el mismo derecho y libertad que un liberal exaltado

opina por la anexión de México á los Estados-Unidos, opino yo que debemos pedir auxilio á la Europa para impedir esa anexión. La traición ó el error si se quiere, estará de parte de los que contribuyan á que se pierda nuestra nacionalidad, á que se esclavice nuestra sociedad, ó que se trastorne el equilibrio político y á que desaparezca hasta el catolicismo en México. Lo que he dicho, es la inspiración de mi conciencia y nada más. Creo en verdad que sería un día de ventura para la Patria, aquel en que los hombres de todos los partidos, conociendo quien es el verdadero enemigo de México, se unieran y consintieran en la intervención, única cosa que puede volvernos la paz y asegurar nuestro porvenir, alejando al enemigo común que no destruirá á los partidos solamente sino á la raza entera."

A estos razonamientos opuso el Sr. Oseguera, argumentos semejantes á los que dejo asentados (1) y servían de base á los que se oponían á la intervención eropea.

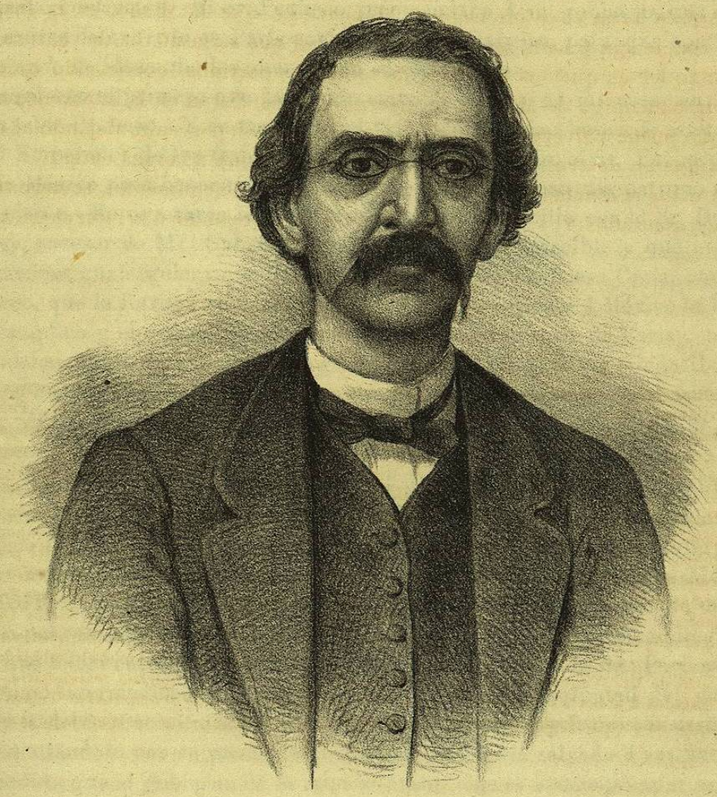
CAPÍTULO DÉCIMOTERCERO.

Pasa el Embajador español á la capital de la República—Opina por la Intervención de las tres potencias.—Primeros hechos diplomáticos del Sr. Pacheco.—Fracasan los proyectos de Buchanan.—Peripecias del tratado Mac-Lane.—Discordia entre los liberales mexicanos.—Fracasa Uraga en Guadalajara.—Miramón en el Sur de Jalisco.—Desorden social.—Esperanzas de los constitucionalistas.—Desaparece Zuloaga.—Opinión del Consejo.—Derrota de Miramón en Silao.—Es nombrado otra vez Presidente.—Márquez vuelve al servicio activo.—Circular de González Ortega al cuerpo diplomático.—Concentración de las fuerzas reaccionarias.—Ocupan los liberales la conducta de Laguna-Seca.—Repartición del dinero. España y Francia convienen en intervenir en México.—Reclamación del capitán del vapor "Isabel la Católica."—Fuerzas navales de los Estados-Unidos en puertos mexicanos.—Política del partido republicano en asuntos de México.—Ruptura de las cajas de Jecker—Dubois de Saligny en Nueva-York.—Elección de Mr. Lincoln.—Excitación en los Estados-Unidos.—Ultimas recomendaciones de Buchanan respecto á México.—Nuevo sitio de Guadalajara.—Opina por una transacción D. Santos Degollado.—Aprestos de la expedición española.—Capitulación de Guadalajara y derrota de Márquez.—Asalto al dinero depositado en una casa de la calle de Capuchinas.—Protestas.—Interviene el Embajador Pacheco.—Carta de Mr. Wagner—Llega Saligny á México.—Angustias del gobierno reaccionario.—Proponen los Estados Unidos la suspensión de hostilidades aquí.—Sorpresa de Berriozábal en Toluca—Miramón es derrotado en Calpulálpam.—Entra á México el ejercito liberal.—Interés que excita la cuestión mexicana.

El Sr. Juárez dió en Veracruz al Embajador español, Sr. Pacheco, un salvoconducto y le proporcionó escoltas hasta donde llegaba su poder. Así pudo el Embajador pasar á México y presentarse á reconocer al gobierno de Miramón, precisamente en los momentos en que éste estaba próximo á sucumbir bajo la acción de las fuerzas que reconocían al presidente Juárez.

En la rada de Sacrificios supo el Sr. Pacheco, que á bordo de un buque francés estaba el vizconde de Gabriac, ministro de Francia, que se retiraba para su patria y en tres conferencias que tuvieron le informó éste con detalles minuciosos, del estado de la República; pero los informes deben haber sido muy parciales, porque no procedió el Sr. Pacheco como quien conoce la situación en que se encuentra. Sos-

(1) Véase la página 279.



D. Francisco Zarco.

Siendo ministro de Relaciones en Abril de 1861, reconoció en principio la reclamacion de Jecker, aprobó como necesario el destierro del Embajador español y la conducta del representante de México en Paris, Sr. La Fuente, en la entrevista con el ministro imperial Mr. Thouvenel. Apoyó la convencion Wyke-Zamacona que fué reprobada por el Congreso.